

EL MONJE DE PRAGA

MARCO MARTOS

Sabía con claridad que el hombre que tenía al frente era un poeta, uno de esos raros individuos que maneja las palabras con propiedad y que en numerosas ocasiones dice lo que sienten los demás con tal exactitud y sutileza que deja asombrados a los lectores. Recordaba con precisión las numerosas horas de clase que había pasado como estudiante inclinado sobre los textos de Pablo Erasmo, procurando descifrar el sentido oculto de aquellos versos tan musicales que habían recibido unánime reconocimiento de la crítica, acostumbrada más bien a las medias verdades o a la desaprobación ruidosa. En aquel primer libro de treinta años antes se sentía la impronta de Vallejo, el más celebrado escritor del país, absolutamente asimilada dentro de una originalidad difícil de definir, pero fácilmente perceptible, incluso por los más distraídos. Erasmo tenía un perspicaz manejo del idioma, conocimiento de la tradición de la versificación castellana, lo que daba ímpetu clásico a su verso libre, y una natural mezcla de cultura campesina y urbana que no era muy frecuente en los poetas, a pesar de que el Perú estaba considerado a lo largo del tiempo como un territorio de migrantes.

Por alguna razón desconocida, al evocar a Erasmo, lo primero que recordaba el doctor Clemente Ubillús era una cita de Chejov que encabezaba un poema. El escritor ruso había pergeñado:

Abajo espejeaba la corriente desierta;
arriban volaban las becasas, piando
melancólicamente.

Ubillús, puesto que la literatura rusa no era su especialidad, se había demorado años en descubrir que esas dos líneas no eran versos de Chejov, sino parte de un cuento del celebrado autor ruso que indudablemente había recogido el poema de Erasmo *El monje negro* que súbitamente recitó después, con asombrosa precisión:

Vagaba por el yermo el monje negro,
por los montes vagaba.
Los campesinos vieron otro monje
caminando en el agua.
Creó Dios otros monjes azulejos
y se llenaron ríos y montañas
de monjes negros, pálidos,
de semejantes caras.
De Africa se marcharon a Inglaterra,
caminaron por lagos y senderos,
entraron a las almas de la gente
como espejismo tenue repetido
en el gris corazón de Keats o Byron.
Los fantasmas llegaron a mi casa,
por los dedos entraron a mi pecho
para roerme el alma.
No sé si soy espectro
o Pablo Erasmo, monje negro, muerto
en singular batalla.

Pero Erasmo estaba vivo, era ese hombre barbado que respondía un examen. El doctor Ubillús observó de reojo a sus colegas, el doctor César Ernesto Villegas –siete libros de cuentos, dos novelas, tres libros de crítica, centenares de artículos periodísticos– y el doctor Fernando Villalba –dueño de la biblioteca de semiótica más nutrida de Lima, autor de sesudos artículos sobre la literatura y los íconos, la globalización, la posmodernidad, los efectos del espacio virtual sobre la recepción literaria y un curioso texto sobre la hete-

rogeneidad en la música de Huaraz, del cual estaba muy orgulloso—. Indudablemente los doctores cumplían bien su papel y hacían las preguntas pertinentes, casi todas sobre la tesis que Erasmo se proponía sustentar dos años más tarde y que iba a versar sobre la evolución de la poesía peruana entre 1938 y 1960 y que se titulaba *De César Vallejo a Blanca Varela*. El poeta había terminado cuatro ciclos de estudios de maestría y le esperaban otros cuatro para poder doctorarse. Pero para eso tenía que sortear la prueba que estaba rindiendo, lo que iba a conseguir, según todos los indicios. El examen se hacía distendido. A pesar de que había algunos postulantes al doctorado que aguardaban impacientes fuera del recinto, y que de cuando en cuando asomaban sus ojos azorados por el pequeño rectángulo de vidrio de la puerta en un vano intento por enterarse de cuán rápido iba celebrándose el rito dentro, los profesores actuaban sin percibirlo, o como si no lo imaginaran, o como si ese débil gesto de apurarlos fuera un acto completamente ajeno al comportamiento de los seres humanos.

El doctor Villalba se alisó los cabellos con la mano derecha, tamborileó torpemente con la izquierda sobre la mesa, esbozó una sonrisa y dijo, saliéndose de algún modo del tema:

—¿Puede considerarse a Vallejo un escritor profesional?

—Sí y no, del mismo modo que Darío. Ambos tuvieron la dedicación de los aficionados y el virtuosismo de los profesionales. En el sentido más estricto Vallejo era un profesional de la vida, alguien que ejerce distintos oficios para sobrevivir, fue amanuense y periodista en Trujillo, profesor de aula, preceptor particular de niños en Lima y Acobamba, periodista otra vez en París. Pero si lo juzgamos de un modo más estricto no puede decirse que vivía de lo que escribía.

El doctor Villalba volvió a sonreír satisfecho. Detrás de sus lentes pavonados, de gruesos vidrios de miope, el doctor Villegas mostró su aprobación brillando los ojos. Fue entonces que el doctor Ubillús, que había permanecido silencioso hojeando el expediente de Erasmo y que tenía una experiencia administrativa que sus

colegas, como quien hace la más inocentes de las observaciones exclamó:

–¡Aquí faltan las notas de la maestría!

–Efectivamente –respondió Pablo Erasmo– hay un problema en la secretaría. Sólo se trata de la nota de una materia, pero eso detiene la emisión del certificado.

Villalba y Villegas se miraron desconfiados. Ubillús, rápido, halló la solución:

–¿Qué les parece si concedemos quince días a Pablo Erasmo para que presente su certificado?

–Estoy de acuerdo– respondió Villalba.

–Así hágase– corroboró Villegas, con voz engolada.

Erasmo había asistido perplejo a este diálogo. Unas gotas de sudor le caían por las patillas y se internaban en su barba negra y cana. Sus ojos, en cambio, demostraban tranquilidad y estaban colmados de gratitud y de azoro:

–Muchas gracias, muchas gracias.

Apenas Erasmo hubo salido de la sala, el doctor Villegas golpeó la mesa y tomó la palabra:

–¡Nunca tendrá ese certificado! ¡Le falta una nota! y ¿cómo la va a conseguir a estas alturas?

–Tal vez ha habido un descuido de algún profesor– argumentó el doctor Villalba.

–No es así Fernando –el doctor Villegas había enrojecido– te confieso que no entiendo a Pablo. Dice que tiene un problema de secretaría con un curso y que por eso no le extienden el certificado. Estrictamente es verdad lo que afirma. Lo que no ha explicado es que esa asignación la llevó conmigo y que hay tres trabajos escritos que no me ha entregado; además no me ha dado ninguna excusa por su retraso.

–Es un colega – argumentó el doctor Villalba– y tendríamos que tener alguna consideración con él. Además es un poeta reputado.

–Las consideraciones las tenemos –la voz del doctor Villegas se hizo persuasiva–, acabamos de darle quince días de plazo, aunque

no sé qué va a hacer, en primer lugar para convencerme de que le reciba textos que debió entregar hace un mes por lo menos, y, en segundo lugar, para hacerlos. Admito que es más difícil concebir un buen poema, y Erasmo tiene muchos, que pergeñar estudios literarios, pero creo que el tiempo le quedará corto.

Una voz seca cerró la conversación:

—Es una prueba para él, pero está capacitado para cumplirla—. Había hablado el doctor Clemente Ubillús. Parecía un mandarín con sus modales reposados.

Dos horas más tarde terminó el examen oral y los doctores se diseminaron por el pasillos. En el enorme vestíbulo que algunos llamaba patio, a pesar de que estaba cruzado por rampas, techos altos y escaleras, Ubillús encontró a Erasmo y lo llevó lejos de los corrillos de estudiantes. Cuando estuvieron solos le comentó:

—Te has metido en una situación engorrosa. Me acabo de enterar de que le debes tres trabajos a César Ernesto Villegas y que el plazo se ha vencido. ¿Qué piensas hacer?

—Voy a hablarle a Jorge Prieto. Tú sabes que en el Perú todo funciona por reciprocidad. Cuando él era decano de la Facultad, ayudó a Villegas a ganar la cátedra de la que ahora disfruta. Justo es decir que Villegas considera que tiene una deuda de gratitud con Prieto que nunca terminará de pagarle. Soy compadre de Jorge, hemos crecido en el mismo barrio. Los poemas que más me celebra la crítica han sido corregidos por él, sin añadir palabras. Jorge Prieto tiene la angelical habilidad de eliminar todos los versos superfluos.

—Pareces muy convencido, pero Villegas tiene fama de terco.

—Es un poco estirado, pero buena persona. Al fin y al cabo somos de la misma generación. Cuando éramos muchachos hasta me lo he encontrado en los burdeles.

—¡Cómo para no creerlo!

—Tú eres menor y no conociste los enormes corralones que estaban en lo que entonces era la periferia de la ciudad. Los pasadizos parecían calles. Las mujeres, ligeras de ropas, como quienes salen a conversar a la puerta de su casa por casualidad en un día de

mucho calor, iniciaban rápidos diálogos con los potenciales clientes. Una noche vi a Villegas en el fondo del vestíbulo y tuve vergüenza ajena. A él le iba a molestar mucho encontrarse conmigo en un lugar inapropiado. Me di media vuelta alrededor de la manzana. ¡El burdel era tan grande que tenía cuadras y manzanas! El lugar conveniente para nuestras citas con otros amigos era un restaurante que se llamaba “El hueco de la pared” en el centro de Lima. Organizábamos recitales de poesía y lecturas de cuentos y concurríamos con nuestras compañeras de estudios o nuestras novias. De eso hace cuarenta años por lo menos.

–Lo del burdel es interesante. ¿Qué más pasó esa noche?

–Villegas me había visto también y quiso pasar desapercibido. Tuvo la misma ocurrencia que yo: darse la vuelta a la manzana, pero en sentido inverso al que yo había iniciado. Súbitamente quedamos frente a frente, sudorosos y confundidos. El se repuso primero y me dijo: “¿Qué haces por estos lares, Pablo?” “Acá, pues, –respondí, mirando al suelo–¿y tú?”. Tuvo el desparpajo de decirme: “buscando un personaje para mi novela”.

–Pero han pasado muchos años. La situación ahora es muy diferente.

Pablo Erasmo se alisó el bigote, arqueó las cejas y con voz casi inaudible dijo:

–Mira, Clemente, tal vez la cuestión más importante de este asunto no es tanto que Prieto lo convenza a Villegas, eso hay que darlo por descontado, sino qué tipo de trabajo le voy a hacer en dos semanas de gracia, que seguramente me concederá. He estado pensando sobre este asunto y, como lo conozco bien a César Ernesto, le voy a ofrecer un delicado manjar para su hipertrófico narcisismo: tres análisis sobre tres cuentos suyos. Con eso aseguro la nota.

El poeta dio una palmada en el hombro de su amigo y se alejó silbando por el corredor.

El doctor Clemente Ubillús, recompuso la figura, con mano de hierro empuñó su maletín, miró compulsivamente su reloj y a grandes trancos se dirigió a su salón de clases. Aquella mañana su

cálida voz se detendría, como tantas otras veces, en el tema de la lírica:

—La poesía es connatural a los seres humanos. Esas preferencias que tienen los niños por las repeticiones y los juegos de palabras, esa concentración del lenguaje en la que después se convierte, está asociada a la adolescencia de los hombres. Hay poetas jóvenes, pero la narrativa de formato mayor, no el cuento, hermano de la poesía, es cuestión casi siempre de adultos maduros. Quien persiste en la poesía conserva en su actitud algo del hábito de los jóvenes, inclusive cuando expresa el dolor de un hombre provector.

Aunque se escriba y se publique, la poesía tiene el perfume de la oralidad. La difusión directa entre el público, aparentemente venida a menos en las épocas más recientes, responde a una necesidad básica que la sociedad no olvida nunca. La poesía sabe treparse sobre los medios que aparentemente la opacan, radio, cine, televisión y periodismo, se filtra en los resquicios e ilumina el pequeño espacio que gana. La poesía es un eficaz antídoto contra ese «lenguaje de madera», la sucesión inacabable de noticias que nada dicen y que se ofrecen en el batiburrillo de cada mañana y, sobre todo, expresa la afectividad en toda su intensidad, ofrecida líricamente. La poesía es el reino de la libertad, pero también el de la disciplina. Escogemos la poesía hasta cierto punto; podríamos decir mejor que ella nos elige, pero nosotros la ayudamos con nuestra actitud, porosa a su encanto y a su poder.

El doctor Ubillús abrió con parsimonia su maletín, eligió un libro, lo abrió en una página que tenía señalada y leyó con voz calmada:

—Qué aroma,
día y noche
qué aroma,
sutil perfume
de botón de rosa
apenas entreabierto

que te confiere belleza,
inigualable perfección.
Dime qué luz propia
de ti solamente
te hace tan radiante
y transparente,
tan delicadamente hermosa
en la mañana de abril.
Botón de rosa
cómo me embriagas
con tu aroma,
palabra que dicen tus ojos,
botón de rosa, olor de rosa,
rosa que vienes a mí.

La poesía es conocimiento de una técnica, pero también experiencia de vida –concluyó–.

Gustaba el doctor Ubillús, de un modo inopinado, hacer intervenir a los alumnos. Tenía placer en ver cómo se las arreglaban para salir de dificultades, así que, para finalizar, consideró interesante lanzar una pequeña provocación:

–¿Alguno conoce de cerca a un poeta de carne y hueso?

Esmeralda Calle levantó la mano. El doctor Ubillús la miró medio abstraído, le concedió la palabra en forma displicente mientras la observaba con curiosidad. La muchacha tenía lentes de carey, cabello corto, cerquillo y ojos vivaces, como de ardilla, así le pareció, al menos al cejjunto doctor.

–Conozco a Pablo Erasmo.

–¿Puede decir algo de él que no sepamos los demás?

–Por cierto –la voz sonó ligeramente desafiante– soy amiga de su hijo –un murmullo recorrió la sala– y hace poco concurrí a una fiesta en la casa que tienen los Erasmo en las afueras del pueblo de Ancón, que no es lo mismo que decir el balneario de Ancón. La reunión iba a durar hasta el día siguiente. ¿Pero conocer a un poeta qué tiene que ver con la poesía?

–Los poetas no son entes abstractos, alejados de las preocupaciones diarias. Hay corrientes en los estudios literarios que vuelven a insistir en la importancia de lo biográfico en el estudio de las obras literarias. Por último, una buena anécdota, puede ser la base de un texto valioso. Continúe, por favor señorita Calle, si lo considera pertinente.

–Bailamos toda la noche y Pablo Erasmo no salía de de sus aposentos. Pero en un momento, cuando la fatiga empezaba a hacer estragos en todos los asistentes y el lapso entre canción y canción se iba alargando, se hizo un silencio total y, de pronto, escuchamos en el fondo del corredor el teclear de una vieja máquina de escribir. El poeta pergeñaba su último poema. ¡Y eran las tres de la mañana!

–¡No lo dejaban dormir! – se escuchó una decir en el fondo del salón a una voz masculina, ligeramente irónica.

– Cierto. Lo habíamos perturbado. Le dijimos a Nicolás, su hijo, que lo llamase. El poeta se presentó con su esposa, Dora Kornahrens, una checa, hija de alemanes, y se integró a la conversación. A nuestro ruego leyó un poema. Cuando le pedimos que escogiese *El monje negro*, el texto que conocemos por sus clases, Dr. Ubillús, puso cara compungida y nos dijo que lo había escrito hacía muchos años y que aunque tenía fortuna en las antologías, había dejado de gustarle porque sentía que correspondía a un pasado remoto, no sólo personal, sino que también de la historia literaria. El poema que eligió era áspero como el rock que escuchábamos. No obstante, ahora me vuelve a parecer *El monje negro* una pieza excepcional, aunque, por supuesto, ligada a lo que se ha dado en llamar la herencia del simbolismo. Si no fuera por la anécdota que estoy contando el otro texto se hubiera borrado totalmente de mi memoria.

–Tiene razón señorita Calle –la voz del doctor Ubillús sonaba complacida–. Hay una primera etapa en la poesía de Erasmo, innovadora en los contenidos, pero de acentos tradicionales, en la que tuvo muchos logros, pero en años posteriores se ha distraído en

poemas experimentales de resultado dudoso. Esperemos que arribe a una madurez benéfica para él y para la poesía del Perú.

—Pero tiene ahora más de sesenta años —dijo la misma voz anónima al fondo del salón.

—Sí, pero un poeta sólo acaba con la poesía cuando termina con su vida.

El doctor Ubillús cerró su maletín, hizo una ligera venia a todos sus alumnos y dio por terminada la clase de ese día. Subió por la rampa hasta el tercer piso e ingresó en la cafetería. En un rincón, solitario, encontró al doctor Fernando Villalba hojeando un revista francesa, con un cigarrillo en la mano y una pequeña taza de café. Interrumpiéndolo Ubillús preguntó:

—¿Qué lees, Fernando?

—Información sobre escritores checos y sobre Praga. Nos hemos acostumbrado a pensar sólo en Kafka, pero hay una larga tradición de escritores tanto en lengua alemana como checa, muy valiosa. Además hay gente que piensa que Praga es la ciudad más hermosa de Europa; otros piensan que es París, por supuesto, en ambos casos en competencia con San Petesburgo.

—Leí en una novela que se llama *La bruja de Praga* que esa ciudad conviene a los viejos porque es triste y porque los cimientos de sus viejas casas reposan sobre capas de la época primaria.

—Me gustaría mucho conocer Praga, pero me consuelo pensando que es bueno, e inclusive delicioso, soñar con ella mucho tiempo, antes de ir a verla.

—Quien la conoce es Pablo Erasmo. Allí se casó con Dora.

—Para mí Pablo es un misterio— Fernando Villalba apuró su taza de café— ¿por qué abandonó esa ciudad tan hermosa? ¿por qué regresó al Perú? ¿por qué quiere ser doctor?

—Muchos enigmas para mí. Estamos frente a un problema y su solución depende de cómo se manejen Erasmo y Villegas.

—Aló. Habla Pablo Erasmo.

—Pablito, qué gusto escucharte. Han pasado años que no te veo, aunque siempre tengo noticias de ti.

—Jorge, tengo un problema, figúrate que estoy de alumno de César Ernesto Villegas. Le debo tres trabajos en el curso y ya se han vencido todos los plazos de entrega.

—¡Qué no moleste, qué te ponga nota y listo!

—No es así, tan fácil. Tú sabes cómo es de circunspecto y exigente. Para él no cuenta la amistad.

—Le hablaré para que te reciba los trabajos, si no queda otro camino.

—Eso es lo que te quería pedir.

—¿Cómo está Dora?

—Muy bien, aunque siempre con sus ideas particulares. Figúrate que en Ancón quiere dictar clases de checo y de alemán. Ha conseguido un alumno que tiene una beca para Praga y necesita cursos acelerados.

—Yo, me manejo sólo en los idiomas romances, el francés, el italiano. Recuerdo con nostalgia mis días en Roma.

—Estuvimos juntos ¿no te acuerdas?

—Por supuesto, Pablo. Hasta ahora conservo la escena en la memoria: la noche reinaba, habíamos bebido mucho y estábamos desenfrenados. Le pregunté a una de las actrices que nos acompañaba, qué hombre le gustaba más. Ella no dudó un instante: “il baffone” dijo, “el bigotudo”, te traduje, y te lanzaste sobre la rubia, bailaron sobre la mesa y terminaste cubriéndola de besos.

—Nuestro romance duró tres meses, pero tenía que llegar a Praga para cumplir con una obsesión adolescente. Un buen día nos despedimos a la francesa, sin lágrimas ni reproches. Cuando era niño conocí un señor que desaparecía del barrio durante seis meses y regresaba contándonos historias fabulosos sobre ciudades que había visitado: Estambul, Lisboa, Granada, El Cairo. A ese desconocido, cuyo nombre he olvidado, le debo mi afición por los viajes, pero también la primera gran decepción. Un día descubrimos que nunca había salido del Perú, que se encerraba en su casa a estudiar minuciosamente los planos de las ciudades que visitaba su imaginación. La hacía con tal habilidad que conmovía a nuestras mentes

infantiles. Poco le faltó para que nos contase visitas a Babilonia o Ecbatana. Fue entonces cuando decidí llegar a Praga, de verdad, no en sueños.

—Pero los sueños alimentan tu poesía que es lo mejor que tienes. ¡No sé qué haces en la universidad, recibiendo clases de Villegas!

—Nadie sabe por qué la universidad tiene tanta atracción para nosotros. Tú tampoco.

—Tienes razón. La universidad es un hechizo, pero me he liberado.

—¿Cómo pasas tus días?

—Leyendo y escribiendo. Solitario, eso sí.

—¿Por qué no te casaste?

—Circunstancias de la vida. Me enamoraba con pasión devoradora y tenía actitudes de niño. Una vez mantuve una relación con una profesora portuguesa hermosísima, de cabellera leonada, María Caeiro. En una ocasión César Ernesto Villegas, tenía que ser él, me dijo que la había visto cenando en Miraflores, con otro, en una situación que le parecía comprometedor. Me recomendó que la visitase de mañanita, cosa que hice inmediatamente. No la encontré. Me dijeron que estaba en la casa de al lado hablando por teléfono pues su línea estaba interrumpida. El vecino era un médico que me confundió con un paciente. Cierto, María hablaba por teléfono. Hacía llamada tras llamada, en portugués, francés, italiano y, a veces, castellano. Permanecí callado, esperándola. Ella me daba una miradas terribles. Cuando salimos de ese recinto, me dijo: “yo adoro mi libertad». En la puerta de su casa me preguntó: “¿por qué me buscas a esta hora?” No atiné a decirle la verdad: por celos absurdos, que fue lo que pensé. “Vengo por mis libros”, le respondí. Ella, sin comentarios, abrió la puerta de su casa, subió por la escalera de mármol, bajo enseguida con un paquete de libros, los prestados y los regalados, y me dijo en francés: “*mercie pour les caudeaux*”, gracias por los regalos. Fue la última vez que la vi. Como en una fotografía conservo su gesto iracundo dando el portazo final.

—¿Extrañas a tus novias?

—Mucho, pero el verdadero amor es una víspera, una promesa de lo que ocurrirá, no lo que pasó, ni la vida cotidiana llena de obligaciones pedestres. Recuerdo que Villegas, en ocasión de su regreso al Perú, en uno de sus viajes, me dijo: “Jorge, tu eres el más inteligente de nuestra generación”. Asumí la conducta modesta y protesté en vano: me puedes calificar del lírico más acucioso, tal vez, le respondí. Y él me respondió, imperturbable: “eres el más inteligente porque no te has casado”. —Jorge Prieto se rió en el teléfono—. Desde su punto de vista tenía razón. Ha sido muy desdichado en su vida afectiva: dos divorcios, ningún hijo. Ahora está por su tercer compromiso, pero lo noto algo amargadillo.

Los doctores Ubillús, Villalba y Villegas ingresaron en un recinto que ostentaba un nombre curioso.

—¿Por qué este salón se llama repertorio bibliográfico?— dijo Villalba.

Villegas meditó la respuesta. Finalmente se escuchó su voz pausada:

—Fue ocurrencia del antiguo rector Hernández que quería emular a Pedro Peralta, un erudito del siglo XVIII que alcanzó tres veces el más alto cargo universitario. Hernández hizo lo mismo y continuó con la afición bibliográfica de su predecesor. Esta sala estaba llena de armarios y gavetas con fichas sobre literatura e historia. Todo eso desapareció cuando Hernández se retiró de la universidad y su nombre fue casi borrado de la memoria de los universitarios, pero el aula conservó la primera denominación, aunque fue dedicada a otros menesteres. Veinte años después, cuando estaba a punto de morir, lo nombraron a Hernández rector emérito. Asistí a esa ceremonia porque coincidió con mi regreso definitivo al Perú. Fue muy emotiva y Hernández derramó algunas lágrimas.

Los doctores se acomodaron en sus asientos y fue Clemente Ubillús quien tomó la palabra, dirigiéndose a Villegas:

—¿Qué has pensado hacer con Erasmo?

—No sé qué dirán ustedes, pero me opongo terminantemente a que Pablo Erasmo ingrese a nuestra sección doctoral.

—Vamos por partes —dijo Ubillús—, sólo decidimos sobre su ingreso, después que tenga su certificado, si lo desapruebas en tu curso, no tenemos nada que discutir, es como si no se hubiera presentado.

El doctor Villegas enrojeció y dijo, conteniendo su furia:

—Esto es una comedia. Pablo hizo que me llamara Jorge Prieto para presionarme. Le debo a Prieto el favor, llamémoslo así, de trabajar en esta universidad, pero no le voy a pagar toda la vida. Prieto es de una conmovedora ingenuidad. Piensa que el tiempo no ha pasado y que puede seguir disponiendo de las personas como en el pasado. Recuerdo que hace veinte años estaba enamorado de una profesora portuguesa, otra ingenua como él, la bellísima María Caeiro, que en realidad era francesa, hija de lusitanos, quien tuvo la peregrina idea de que Jorge era un hombre allegado al gobierno de aquella época y, como agente francesa que era, quería saber hasta dónde podía darle información sobre la actitud del Perú frente a Francia, que había emprendido una serie de ensayos atómicos en Mururoa. El equívoco nació porque en una ocasión Jorge y otros personajes del mundo literario fueron invitados por el presidente de aquellos años a una cena íntima. Para alternar con el mandatario gastaron una fortuna comprándose trajes, zapatos, perfumes, corbatas, soñaron con vinos y licores finos y, al final, disfrutaron de una comida franciscana donde el único líquido fue la infusión de manzanilla que tanto gustaba al oferente. María Caeiro se enteró vagamente de ese ágape y decidió que a través de Jorge llegaría al presidente. Se equivocó de medio a medio. Era muy hermosa, pero como agente, un fracaso.

—Nada de los que nos dices tiene que ver con el motivo de esta reunión— acotó Villalba.

—Tienes razón —concedió Villegas—, me he desviado hacia Jorge Prieto. Para abreviar diré que Prieto me pidió que recibiese los trabajos de Pablo Erasmo. Ya conocen ustedes al poeta, se le pasea

el alma, y creyó que la mejor manera de halagarme era haciendo tres monografías sobre otros tantos cuentos míos. Ha tenido el atrevimiento de entregármelas en mi propio domicilio. Nunca en mi vida he recibido una ofensa tan grande, en este caso de un alumno amigo como Pablo. Es como si me hubiera traído una manzana.

Villalba y Ubillús se miraron perplejos. Villegas continuó su perorata:

—Una vez estuve hablando con el editor Armando Carrillo y llegó Erasmo con tono compungido quejándose de la incompreensión del medio con los poetas. Dijo que tenía seis libros inéditos que quería publicar. “Tráeme uno”, dijo Carrillo. “Los seis o nada”, replicó Erasmo. “Nada”, dijo Carrillo, mientras tomaba un sorbo de su café.

—Erasmo queda fuera del examen de la sección doctoral. Es como si no se hubiera presentado— comentó Villalba.

—Lo lamento pero éste es un caso cerrado— sentenció Clemente Ubillús.

Al salir, los doctores vieron en el fondo del pasillo a Pablo Erasmo, pero apresuraron el paso para evitar un encuentro. Era tarea de secretaría dar las malas noticias. Pero luego Clemente Ubillús se despidió de sus colegas, regresó sobre sus pasos y saludo al poeta. A boca de jarro le dijo:

—Eres un juglar que desea ser clérigo. ¿Por qué te presentas al doctorado?

—No quiero terminar en San Marcos. Quiero ser profesor en la universidad de Praga.

El doctor Clemente Ubillús desvió la conversación:

—¿Conoces a Esmeralda Calle?

—Pronto será mi nuera ¿cómo no la voy a conocer?

—Es una alumna muy inteligente.

—Espero que sea una buena esposa para Nicolás.

Pablo Erasmo bajó del ómnibus en Ancón, caminó por dos cuadras empedradas, subió por un pequeño sendero lleno de geranios y llegó a la casa recién enjabelgada. Su mujer, Dora, lo espera-

ba ansiosa, lo condujo por el vestíbulo hasta el jardín del fondo. Bajo la sombra verde y negra de unos paltos le ofreció un vaso de limonada y le dijo con voz pausada:

—Acabo de ver en la televisión alemana un programa sobre mi familia. Los Kornahrens tenemos un origen alemán pero nos hemos diseminado por todo el mundo. Principalmente a los Estados Unidos y a la zona checa, por supuesto. Dos genealogistas, uno de América y otro de Alemania, han reconstruido toda la historia. Lo que no saben es que algunos regresamos. Es una manera de decir porque nos iremos a Praga, verdad que no ahora, dentro de dos años. Pasear por mi ciudad, a la que llaman de oro, es en principio tropezarse con un increíble entrecruzamiento de épocas y de estilos. Y, sobre todo, descubrir un paisaje pocas veces visto, de cúpulas, de campanarios, de torres. Desde lo alto puede disfrutarse de un mar de torres que parecen suspendidas en el aire. Con la bruma que se levanta lentamente en la mañana, inclusive en la primavera, y más todavía en la niebla del invierno, uno podría creerse en una ciudad del oriente. ¡Cómo me gustaría estar ya en las misteriosas callejuelas de Malá Strana, la pequeña ciudad, en la verde colina de Petrin sobre el fabuloso conjunto de edificios de Hrandcany, con sus agujas góticas y los pináculos de San Vito! ¡Nadie puede imaginarse, si no la conoce, cuán bella es Praga bajo la luz de la luna! ¡Hay rincones tan hermosos, tú conoces algo! Pero también puede ser peligrosa porque asfixia. Tanta perfección anonada. Refiriéndose a Praga Kafka decía en una carta a un amigo: “esta madrecita tiene garras, hay que adaptarse, o pegarle fuego”. Pero no hay que apresurarnos con nuestros sueños. Todo tiene su tiempo y lugar. El que se nos va a adelantar es Fernando Villalba, quien se va como representante de San Marcos durante dos años a la república checa para inaugurar el Centro de Estudios Latinoamericanos en la universidad de Praga. Me acaba de llamar para pedirme que le dé unas clases de checo y otras de alemán. Me ofrecía pagarme una cantidad ínfima y he preferido no cobrarle. Mañana viene para su primera clase.

Pablo Erasmo la miró con ojos perplejos. Finalmente dijo con voz casi imperceptible:

—Nosotros no somos nadie. No vamos a ninguna parte. Hemos enterrado nuestra cabeza en el Perú.

—Dime ¿se han portado mal tus amigos? ¿no dejan que te gradúes como doctor? ¿qué te han dicho?

—No me han dicho nada.

Pablo Erasmo escondió el rostro en el hombro de Dora Kornahrens y ella le acarició el cabello con mucha ternura.